

LA BATALLA DE ROCROI

INTRODUCCIÓN

*Honremos nuestra patria generosa
Que por tantas hazañas y blasones
Es la envidia común de las naciones.*

Hurtado de Mendoza

*Ya combatiendo bajo la dirección de sus legítimos
jefes, ya bajo el mando de sus Electos ó cabezas
de motín, cual se vio en la sangrienta recuperación
de Amberes y en la jornada fatal de las Dunas de
Newport; los infantes españoles se dieron á conocer
por conclusión, como un género de milicia ó gente
de guerra excepcional, de que ni antes ni después
ofrece la historia ejemplo. Bien puede decirse hoy
sin vano alarde, supuesto que nuestros enemigos
mismos lo reconocieron por aquellos tiempos.*

(A. Cánovas del Castillo, 1888:52)

*Aquella brava infantería
española hizo tan bella y extraordinaria
resistencia, que en los siglos por venir
parecerá increíble; atacada de todos lados
a un tiempo por toda la caballería francesa
victoriosa, rechazó uno y otro ataque,
haciendo frente con sus picas por todas partes.*

Pedro Lenet, de la Casa de Condé, citado en
(A. Cánovas del Castillo, 1888:223)

De no haber sido derrotada la revolución de las Comunidades de Castilla de 1520-1521 es muy probable que España no hubiese estado presente, o al menos no militarmente, en el escenario centroeuropeo durante los siglos XVI y XVII, pues los comuneros en su programa de Tordesillas desarrollaban una línea política que, de haber triunfado, se hubiese anticipado en ciento cincuenta años a la Revolución Gloriosa inglesa de 1688 e implantado un sistema de monarquía parlamentaria pionero en Europa.

El programa de Tordesillas iba precedido de una carta dirigida a Carlos V en la que la Junta precisaba el sentido de su actuación. Esta carta comenzaba recordando el contrato que ligaba al rey con sus súbditos y comentaba al respecto: el rey no está por encima de las leyes; está obligado a cumplirlas lo mismo que sus súbditos. Esta teoría del contrato no era nueva. Los letrados de la Junta la obtuvieron de la filosofía escolástica. Carlos V, educado en un contexto diferente, consideraba su reino como un bien patrimonial; no veía que pudiera existir contradicción o diferencia entre los intereses dinásticos y familiares y el interés nacional, entre el dominio público y el privado del soberano.

(J. Pérez, 2005:552)

Pero la historia es la que es (o mejor, la que fue) y el objetivo imperial de Carlos I se impuso a España por encima, en mi opinión, de sus intereses estratégicos nacionales que habían sido perfectamente definidos por los Reyes Católicos y que eran el control de las dos orillas del Mediterráneo Occidental, Italia y la grandiosa empresa de la colonización de América, además de el objetivo, a día de hoy inalcanzado, de la reunificación peninsular con Portugal, lo que quizá hubiese convertido a España en la sucesora de los otros dos grandes Imperios mundiales basados en las otras dos penínsulas del Mediterráneo, el griego y el romano.

De ese modo, a partir de 1521, fue implantada con fuerza (más que en ningún otro país de Occidente) la monarquía absoluta de los Austrias sobre un pueblo y burguesía derrotados por las armas y una nobleza que fue recompensada por su papel decisivo (sin el cual no se hubiese producido) en la derrota de los Comuneros, con grandes privilegios económicos y sociales pero apartada de la dirección política del Estado.

Desde esa fecha infausta hasta la otra de que trata este artículo, en 1643, transcurrieron alrededor de 120 años en los que se cumplió el ciclo ascendente de España bajo la dinastía de los Austrias, ciclo que en su primera mitad asciende con mucha fuerza y en su segunda mitad apenas puede mantenerse en precario roído por lo que Cánovas llamó la enfermedad financiera.

Un escritor inglés, Mr. Davenent, decía ya en 1698, para explicar nuestra decadencia, con exactitud singular, lo siguiente:

«España es un notorio ejemplo de los funestos efectos que producen en un Estado las antiguas deudas públicas y del embarazo y de la impotencia misma que causan en su administración.

Las principales rentas de este reino se emplean en pagar los intereses de sumas tomadas á préstamos ha cien años; y distraída así en otro uso la substancia destinada á alimentar el cuerpo político, ha quedado éste débil é incapaz de resistir á los menores accidentes. Cuando un pueblo reducido á esta posición se compromete en guerras extranjeras, ni deben temerle mucho sus enemigos, ni tienen que esperar grandes auxilios de él sus aliados. Los enormes anticipos sobre las rentas futuras comenzaron hacia 1608 en España, continuando de año en año, sin que se haya pensado nunca en disminuir la carga; y esto sólo ha contribuido más á debilitar la monarquía española que todas las otras faltas juntas que ha cometido”.

(Cánovas, 1911:420)

Claro que fue bastante antes de 1608- como señala Cánovas- cuando empezó el déficit crónico de la monarquía, pues ya Felipe II *El Prudente* tuvo que declarar la primera suspensión de pagos – que no era bancarrota pero se le parecía mucho- en 1557.

Es evidente que el secular rival geopolítico francés se esforzó todo lo que pudo en combatirnos, pero en la primera mitad del siglo XVI, España había sido capaz de triunfar de él en Italia y en la misma Francia y al igual que los godos del siglo IV que aniquilaron a las legiones romanas en Adrianópolis no eran más temibles que los cimbrios y teutones derrotados por Mario cinco siglos antes, los regimientos franceses del duque de Enghien en Rocroi en 1643 no eran más terribles que los impresionantes caballeros franceses de Pavía derrotados 120 años antes por los piqueros y arcabuceros, alemanes, italianos y españoles al servicio del César Carlos.

ANTECEDENTES

ADVENIMIENTO DEL REY FELIPE III. SITUACIÓN INTERNACIONAL DE ESPAÑA AL PRINCIPIO DE SU REINADO.

Prácticamente con el fin del siglo XVI, el 13 de septiembre de 1598, moría en El Escorial el rey Felipe II. *El buen ó mal gobierno de un rey no debe medirse por lo que tiene, sino por lo que halla y lo que deja* (Cánovas, 1911:55). Si bien es cierto que,

Durante el glorioso reinado de Felipe II, tres cosas subieron en nuestro país al colmo de esplendor: la unidad de la fe, la unidad de la monarquía y la unidad del idioma.

Y, sin embargo, con ser verdad esto y haber hecho aquel rey de la monarquía española la mayor que hayan conocido los humanos, comenzó precisamente nuestra decadencia casi al punto mismo que sobrevino su muerte. No dejó de ser admirado Felipe II de los españoles, sobre todo después de muerto, porque mejor que nadie representaba su propio ideal religioso y político; pero no fue querido de ellos, como Burke erradamente y como con sorpresa afirma. De los grandes era, por el contrario, aborrecido, según refiere el veneciano Segismundo Cavalli; y los mismos que le servían, como el duque de Alba, que conquistó luego á Portugal, deploraban poco antes que pudieran llegar á estar juntos ambos reinos por ser eso privarse de un lugar seguro y próximo á donde escapar en caso necesario de su despotismo. Del clero, nunca tan duramente dominado por el poder temporal, no fue querido tampoco personalmente, por más que aprobase el sentido general de su política. Y por lo que toca al estado llano, oprimido cual nunca de nuevos tributos, disminuido y arruinado, pasó en continuo lamento todo su reinado, según consta por cien documentos auténticos.

(Cánovas, 1911:124-125)

En el terreno económico, Felipe II heredó una deuda de veinte millones de ducados (unidad de cuenta equivalente a 375 maravedís) que al fin de su reinado se había transformado en otra de cien millones de ducados a pesar de las ingentes entradas de oro, y sobre todo de plata, procedentes de América. Los intereses de esta enorme deuda venían a absorber casi todos los ingresos del Estado, necesitándose continuamente nuevos préstamos que, a su vez, elevaban los intereses a pagar en un eterno círculo vicioso. El estudio de la Economía de España bajo los Austrias es un enorme terreno que sale fuera del objeto de este artículo pero que influyó decisivamente en su política militar.

En el terreno de la política exterior, a la muerte de Felipe II, España había firmado la paz de Vervins con su más poderoso enemigo – Francia- por medio de la cual esta dejaba de intervenir claramente a favor de los rebeldes holandeses de los Países Bajos y además Felipe II cedió la soberanía de estos a su hija Isabel Clara Eugenia y su esposo el archiduque Alberto de Austria, con la condición de que si morían sin descendencia, revertirían a la Corona de España. Con la Inglaterra de Isabel I no hubo forma de avenencia y se continuó en estado de guerra con ella.

Aunque el anciano rey procuró dejar a su heredero el reino en la mayor paz y con las menores preocupaciones posibles, consiguiéndolo en alguna medida, hay que hacer notar que las soluciones alcanzadas eran frágiles y problemáticas, pues en Enrique IV, al que no hubo manera de impedir el acceso al trono de Francia, se tenía un enemigo declarado que en la citada paz de Vervins se negó a reconocer la soberanía española sobre Navarra y además en esa paz había una cláusula secreta por la que la guerra naval en aguas americanas no cesaba, lo que originó una intensa y perjudicial actividad pirática francesa, que unida a la inglesa y holandesa ocasionó grandes perjuicios a España.

En los Países Bajos, la rebeldía de Holanda no fue menor contra los nuevos monarcas que contra el rey español, lo que hizo que las fuerzas militares sostenidas por España siguieran siendo necesarias y se diese lugar a algún acontecimiento desgraciado como la derrota de los Tercios en la primera batalla de Las Dunas (1600).

Si bien al pasar unos pocos años de reinado del nuevo rey Felipe III, una serie de acontecimientos beneficiosos para España como la muerte de Isabel I de Inglaterra (1603), el asesinato de Enrique IV de Francia (1610) o la firma de una tregua de doce años en 1609 con Holanda, condujeron a un período conocido como *Pax Hispánica* en la que la exhausta España pudo haberse recuperado y puesto las bases para un equilibrado desarrollo de sus potencialidades. Pero la escasa cualificación del rey Felipe III y el abandono de sus poderes en manos de los corruptos *validos* (duques de Lerma y Uceda) determinaron que cuando estalló la Guerra de los Treinta Años (auténtica conflagración general europea) en 1618, España – tras un comienzo esperanzador- iniciase el proceso que la conduciría a su rápida decadencia como primera potencia cristalizada en la derrota de Rocroi (1643).

EL INSTRUMENTO MILITAR DE LA POLITICA EXTERIOR DE ESPAÑA: LOS TERCIOS

Sin entrar en profundidades excesivas, que serían materia de otro artículo específico sobre los Tercios, es conveniente señalar que ya desde el fin de la Reconquista con la toma de Granada en 1492, los Reyes Católicos se esforzaron en dotar a España de un ejército acorde con los desafíos que la nación tenía que enfrentar, muy especialmente con Francia a propósito de las ambiciones de este país sobre Italia. Así en junio de 1495 convocaron una Junta General en Santa María del Campo (Burgos) en la que se discutió el tema y cuyo resultado fue el reglamento de 5 de octubre de 1495 por el cual se ordenaba a todos los vecinos (excepto los musulmanes de Granada) que tuviesen armas según su patrimonio y que uno de cada doce vecinos estuviese alistado como peón en caso de necesidad, lo que en una circular enviada a Segovia en febrero de 1496 se encomendaba orgánicamente a la Santa Hermandad. (Conde de Clonard, Tomo II, 1851- 249 y ss.)

Anteriormente, en 1493, habíase creado las Guardas Viejas de Castilla, que eran 25 compañías de cien hombres de caballería pesada de élite y que estaban alistadas y disponibles de forma permanente.

En 1496 en la invasión francesa del Rosellón se vieron los peones españoles organizados en la llamada *Infantería de la Ordenanza* de forma que un tercio de ellos eran armados con lanzas largas o picas de a 24 palmos (unos 5 metros), otro tercio con espada y escudo y el último tercio con ballestas o espingardas.

En 1505 por influjo de Gonzalo de Ayora se forman las compañías de peones de Ordenanza y unidades provisionales de varias de ellas en número variable (de ocho a quince) que dan lugar a las *colunelas* - mandadas por un cabo de colunela -que pronto evolucionan a coronelías –mandadas por un coronel -, siendo el jefe de todas ellas – en número de veinte - un coronel general, el primero de ellos D. N. Zamudio. (Conde de Clonard, Tomo II, 1851- 415)

Indudablemente el predecesor de los Tercios fue Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán de las guerras de Italia. Sus modelos militares eran la antigua legión romana y los modernos cuadros de piqueros suizos pero combinando sus virtudes de manera que se remediasen sus defectos. Así tomó de los legionarios romanos su protección y sus armas para pelear a corta distancia y de los suizos sus largas picas para hacer frente a la caballería acorazada de la gendarmería (*gens d'armes*) francesa y restableció en el campo de batalla la hegemonía de la infantería que había estado olvidada durante toda la Edad Media.

La unidad principal era la coronelía o escuadrón al mando de un coronel, estaba formada por doce compañías o batallas de quinientos hombres cada una al mando de un capitán, cada cien hombres estaban mandados por un cabo de batalla y cada diez por un cabo de diez. Diez de las doce compañías estaban formadas por doscientos piqueros, doscientos rodeleros (espada y escudo) y cien arcabuceros y las otras dos compañías íntegramente por piqueros, o sea tenía la coronelía tres mil piqueros, dos mil rodeleros y mil arcabuceros. Seis compañías de caballería con seiscientos jinetes (la mitad pesados y la mitad ligeros) acompañaban al escuadrón. (Conde de Clonard, Tomo II, 1851- 487 y ss.)

En mayo de 1516 el regente de Castilla, cardenal Cisneros, ordenó un alistamiento de 31.800 peones en Castilla provistos de armas y que disfrutarían de diversas ventajas respecto a los demás vecinos y si fuesen movilizados recibirían por sueldo 30 maravedís al día los piqueros y 34 maravedís al día los espingarderos.

Es en 1534 cuando según el conde de Clonard (Tomo III, 1853:156 y ss.) se forman los Tercios como tales a base de doce compañías (10 de piqueros y 2 de arcabuceros) de 250 hombres, al mando de un maestre de campo y un sargento mayor como segundo. Lo curioso es que habla Clonard de que cada cuatro compañías formaban una coronelía al mando de un coronel pero en la lista de sueldos de los diferentes empleos del Tercio ese empleo no aparece, según Sancho de Londoño (1589:19) las coronelías las desempeñaban sendos capitanes de compañía que podían asumir el mando cuando eran varias juntas las que operaban, pero también dice que el cargo está olvidado.



En esta imagen del libro de Clonard se ilustran los diferentes tipos de soldados de los primeros Tercios aunque el coselete porta una pica de hierro muy raro y de longitud muy corta para los 24 palmos reglamentarios, además porta un escudo que no llevaban los piqueros. También se observa una uniformidad que raramente se dio en los Tercios en los que cada soldado vestía de forma diferente.

Generalmente se admite como fecha de creación orgánica de los Tercios Viejos la de 1536 en que se dio por parte del emperador Carlos la ordenanza de Génova organizando los tercios de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Málaga (aunque este último era temporal para guarnecer la ciudad de Niza) y estableciendo que cada compañía debía tener trescientos soldados y los sueldos. Curiosamente en dicha ordenanza parece que se asigna al capitán 40 escudos de sueldo mensual y sin embargo en una instrucción de reclutamiento de una compañía de 1537 se dice textualmente que su sueldo mensual será de 4.166 maravedís, lo que a 340 maravedís por escudo representan poco más de 12 escudos. También se dice en esa instrucción que en el momento de alistarse se daba a los soldados un mes de sueldo para que se proveyeran de armas. Como un piquero ganaba 900 maravedís y un arcabucero 1.000, la adquisición de la pica que costaba unos 200 y el arcabuz más de 700 no les dejaba excesivos sobrantes.

Es curioso observar que al empezar la campaña de 1536 el emperador Carlos V contaba con un ejército de 60.000 infantes y 7.000 caballos y de estos la infantería española no llegaba a los 10.000 soldados distribuidos en 39 banderas o compañías y casi igual la misma proporción en la caballería. Esta fue la norma en todas las campañas en las que participaron los Tercios españoles en su historia, eran siempre minoritarios pero reivindicaban y se les reconocía el derecho a ocupar el puesto de más peligro y honor en el campo de batalla.

En el reinado de Felipe II y debido a los múltiples conflictos bélicos que se tuvieron que afrontar se crearon numerosos Tercios (aunque otros se disolvieron o reformaron), entre 1566 y 1597 Clonard da una relación (los nombres de sus maestros de campo) de 23, así como 18 italianos, 19 valones y 30 regimientos alemanes.

Aunque nunca habían sido bien y a tiempo pagados los Tercios, en el reinado de Felipe II empiezan a darse circunstancias de morosidad tremendas, si los soldados cobraban en un año seis meses de la paga se consideraban afortunadísimos pues lo normal es que se pasasen meses y meses sin recibir más que los llamados "socorros" a cuenta, que mal les servían para ir tirando, eso cuando no eran pagados en especies (telas, granos, etc) que luego tenían que malvender ellos por su cuenta. Consecuencia lógica fueron los numerosos motines que se produjeron y que frecuentemente echaban a perder los frutos estratégicos de una campaña. Pero lo admirable no es que se amotinaran los Tercios sino que el motín no fuese permanente vista la desidia con que eran tratados, hambrientos y desnudos, y a pesar de ello la infantería española jamás exigió el pago teniendo el enemigo a la vista, a diferencia de los demás soldados del rey.

«La costumbre de amotinarse los españoles, dice Mendoza (1), era diferente de las demás naciones; porque estas pedían las pagas antes de pelear, y los españoles después de la batalla.»

(1) Comentarios de la guerra de Flandes. Libro II
(Conde de Clonard, Tomo III, 1853:464)

En 1567 se decidió que la rebelión de los Países Bajos hacía necesaria la presencia de los Tercios estacionados en Italia y con el duque de Alba al frente emprendieron viaje por el llamado camino español desde el norte de Italia hasta Flandes, los cuatro Tercios que se encontraban allí, el de Nápoles con su maestre de campo Alonso de Ulloa, el de Lombardía con el suyo Sancho de Londoño, el de Sicilia al mando de Julián Romero y el de Cerdeña con Gonzalo de Bracamonte. Esa marcha fue contemplada con admiración por donde pasaba y Pierre de Bourdeille que salió desde París con otros muchos a verlos pasar dijo *“Iban arrogantes como príncipes, y tan apuestos, que todos parecían capitanes”*, cosa normal teniendo en cuenta que al Tercio de Lombardía se le conocía con el apodo de “Los almidonados” pues los infantes españoles preferían gastar sus pocos caudales en vestirse que en comer. También tuvieron que atender los Tercios estacionados en Italia (renovados con nuevas reclutas de España de donde únicamente podían ser alistados sus soldados) en esos años a intervenir en la rebelión de los moriscos de las Alpujarras (1568-1571) y en la batalla de Lepanto (1571), acontecimientos en los que, como siempre, fueron las fuerzas a la vez minoritarias y decisivas para obtener la victoria.

Felipe II había dejado estudiadas las bases para unas nuevas Ordenanzas que fueron publicadas en el reinado de su sucesor en 1603. A causa de la catastrófica situación de la Economía y la subsiguiente política inflacionista del nuevo rey Felipe III que inundó de moneda de vellón (cobre) el país, el retraso en las pagas a los Tercios y el pago en moneda envilecida provocó la desmoralización de las tropas que se llegaban a jugar hasta las armas, se sucedían los motines y los soldados y oficiales se casaban o amancebaban con mujeres de baja condición agravando su ya penosa situación económica, siendo corrientes los casos de corrupción escandalosa en el manejo de los presupuestos y los fraudes en las listas de la tropa así como en las promociones y adjudicación de ventajas. Este estado de cosas no era más que el reflejo de lo que sucedía en las altas esferas de la nación, en las que la corrupción estaba a la orden del día.

Además de reiterar el requisito de seis años de servicio para ser sargento o alférez y tres años de este empleo (o diez de soldado aventajado) para capitán y la recomendación de reactivar las camaradas de pequeños grupos de soldados que vivían en comunidad, establecía esta Ordenanza que los Tercios podían constar de

quince ó veinte compañías de 150 hombres las estacionadas en España y de 100 las estacionadas fuera de ella, con la mitad de las plazas de piqueros y la otra mitad de arcabuceros, de ellos un diez por ciento de mosqueteros. En los Tercios de 15 banderas (compañías) dos de ellas serían de arcabuceros y en los de 20 banderas tres.

En el año 1632, bajo el reinado de Felipe IV, todos los males anteriormente citados se habían agravado aun más si cabe y las guerras reanudadas con Holanda y la nueva de los Treinta Años hicieron necesario promulgar una nueva Ordenanza en que se reiteraban los requisitos de calidad y años de servicio para el nombramiento de oficiales y se establecía el número de Tercios en Flandes en tres, uno en Lombardía y otro en Nápoles y se unificaba la planta del Tercio en quince compañías de doscientos soldados, de los cuales sesenta coseletes, noventa arcabuceros y cuarenta mosqueteros, desapareciendo las compañías de arcabuceros. Parece que se dictaron además algunas disposiciones para el vestuario al margen de la Ordenanza.



En esta imagen del libro de Clonard se ilustran los soldados de los Tercios de época de la batalla de Rocroi. Hay que observar que se dibuja igual al arcabucero que al mosquetero, con horquilla para apoyar el arma.

LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS Y EL FIN DE LA TREGUA CON HOLANDA

En 1616 el corrupto Valido de Felipe III, el duque de Lerma, se tuvo que enfrentar a un amago de insubordinación de sus compinches, descontentos por los nombramientos de advenedizos ajenos a ellos para los cargos y sinecuras que permitían expoliar las rentas de la nación. Uno de ellos era don Rodrigo Calderón, que acabaría en la horca en 1621 pagando la corrupción propia y la ajena. Además los embajadores en las diversas cortes de Europa mantenían una línea de actuación bastante independiente de la del Valido, disconformes tanto con la tregua de doce años firmada con Holanda en 1609 como con la política de alianza con Francia.

En ese año, los holandeses e ingleses acudieron en apoyo de Venecia para atacar al archiduque Fernando de Estiria, y Felipe III se creyó en la obligación de apoyar a este representante menor de la casa de Austria. Ante este cúmulo de problemas internacionales, el incompetente pero astuto duque de Lerma hizo tomar al Consejo de Estado – para que la responsabilidad no recayera en él -, a primeros de 1617, la trascendental decisión de pedir al rey Felipe III que apoyara a los católicos del Imperio confederados en la “Unión Católica de Alemania”. (ALVAR EZQUERRA, 2012)

El polvorín europeo estalló por fin el 23 de mayo de 1618 cuando los rebeldes protestantes de Bohemia arrojaron por la ventana del castillo de Hradcany de Praga a tres representantes del rey de Bohemia y pronto emperador Fernando II, dando inicio a la llamada Guerra de los Treinta Años, con sus cuatro periodos: Palatino, Danés, Sueco y Francés, siendo en este último donde se enmarca la batalla de Rocroi.

Los periodos Palatino y Danés terminaron con victoria aplastante del Imperio y su aliada España, pero en el ínterin se había producido un hecho fundamental, en 1621 se había retomado la guerra entre España y Holanda al considerar aquella que la Tregua de los doce años había resultado perjudicial para ella al favorecer las actividades piráticas (la tregua no comprendía los mares) de las marinas holandesa e inglesa y su entorpecimiento de las vías comerciales de España y de Portugal (que formaba parte de la monarquía) con sus colonias de América, África y Asia, además de una merma de su prestigio internacional y que la legitimidad dinástica- al morir sin descendencia el soberano archiduque Alberto de Austria, esposo de Isabel Clara Eugenia- estipulada retornaba al rey de España la soberanía.

BATALLA DE NÖRDLINGEN Y ENTRADA DE FRANCIA EN LA GUERRA

Cuando en 1630 el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, interviene a favor del bando protestante en la Guerra, subvencionado por Francia que ya llevaba años muy inquieta por las victorias obtenidas por las tropas imperiales y españolas, su ejército obtiene las sonadas victorias de Breitenfeld y Lützen (donde murió Gustavo Adolfo) que han quedado como hitos en la historiografía militar, pero que tienen mucho de mitos sin base real. Cuando el ejército sueco se enfrentó al ejército español en Nördlingen, si bien ya muerto el rey, sus pretendidas modernísimas unidades y tácticas se estrellaron quince veces seguidas contra dos tercios de infantería españoles, los de los maestros de campo Martín de Idiáquez y el conde de Fuenclara y resultaron totalmente derrotados y su general Horn prisionero. Así fueron los hechos, los Tercios españoles por mucho que los historiadores (anglosajones principalmente) se empeñen en que habían caído en la decadencia y en la rutina y sus formaciones eran pesadas y poco maniobreras, se impusieron claramente sobre el –según ellos- mejor ejército de la época.

No hay para extrañarse pues, como se verá más adelante, en la batalla objeto de este artículo la realidad del resultado ha sido totalmente falsificada a lo largo de los siglos, como una parte más de las calumnias y falsedades que sobre España y su historia se prodigaron y se prodigan por parte de sus enemigos de ayer, de hoy y de siempre.

Precisamente el resultado de la batalla de Nördlingen, indujo al cardenal Richelieu a no demorar más la puesta en la balanza de todo el potencial de Francia para evitar que España siguiese manteniendo la hegemonía que había poseído durante ciento cincuenta años y en mayo de 1635 declaró la guerra iniciando las hostilidades.

Desde 1635 a 1639 no fueron precisamente triunfos los que conquistaron los franceses, incluso en 1636 las tropas españolas del cardenal-Infante llegaron a Corbie amenazando a París y desatando el pánico en la capital, aunque España no pudo aprovechar plenamente su superioridad al tener que combatir simultáneamente a los holandeses, pero en el infausto año de 1640 se iban a producir dos acontecimientos que marcarían un cambio decisivo de rumbo en la guerra y que tendrían un alcance grandísimo para España.

LAS SECESIONES DE CATALUÑA Y PORTUGAL

Desde el inicio de las hostilidades con Francia, Cataluña había participado poco en el esfuerzo de guerra español amparándose en sus fueros particulares. El conde-duque de Olivares que acertadamente suponía la empresa más importante de todas la unificación de todos los reinos de la monarquía y que ya había fracasado quince años antes en su intento de implantar la llamada "Unión de Armas" por la que todos estos reinos contribuirían con hombres y dinero para la defensa común (a Cataluña le tocaban 16.000 hombres) intentó relanzarlo ante la mala situación de la guerra pues los franceses habían invadido el Rosellón en 1639 y tomado la importante fortaleza de Salses, para la recuperación de la cual fue necesario traer fuerzas de otros lugares. El alojamiento de estas fuerzas (las poblaciones tenían que proporcionar cama y fuego a los soldados) provocó grandes choques con la población, pues los soldados no recibían apenas nada de sus pagas y , además, faltos de cabos de escuadra, cometieron abundantes desmanes y saqueos lo que ocasionó al cabo que en el día del Corpus de 1640 los segadores que habían bajado a Barcelona – como era costumbre para contratarse para la cosecha – con motivo del intento de arresto de uno de los suyos se insurreccionasen matando al virrey don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma y a todo castellano que encontraran a los gritos de «¡Viva Cataluña y los catalanes! y «¡Muera el mal gobierno de Felipe!». (MELO, 1912:43)

La toma de partido de las clases dirigentes catalanas por la secesión como forma además de contener la marea revolucionaria popular desembocó en el reconocimiento del rey francés Luis XIII como soberano de Cataluña. Un intento de restablecer la soberanía de Felipe IV rápidamente a cargo de un ejército al mando del marqués de los Vélez, fracasó en la batalla de Montjuich en enero de 1641 ante las tropas catalanas y francesas, prolongándose la guerra hasta 1652 en que don Juan José de Austria tomó Barcelona.

Las consecuencias de esta secesión fueron que el ejército español tuvo que combatir en un frente más y al final de la guerra, Cataluña perdió a manos de Francia el Rosellón y la Cerdaña, pérdida prolongada hasta el día de hoy.

La secesión de Portugal se produjo en diciembre de ese mismo año 1640 y fue de todo punto imposible atajarla, además de ir acompañada de intentos de secesiones menores en Andalucía y Extremadura, es que no se pudo contar con tropas eficientes ningunas, únicamente con tercios provinciales y temporarios de casi nulo valor militar pues la tropas veteranas estaban dedicadas a los demás frentes. Al cabo de casi treinta años de guerra, en 1668, España reconocía la independencia de Portugal rompiéndose, también hasta la fecha, el gran logro de la unificación peninsular conseguido bajo Felipe II.

Gracias a estos tremendos reveses para España, en la campaña de 1640 los franceses pudieron tomar Arrás y casi todo el Artois y en la de 1641 Lens y La Bassée, aprovechando que el esfuerzo militar español se tuvo que dirigir muy principalmente a las provincias secesionistas.

Además a últimos de ese año 1641 moría el Gobernador y Capitán General de Flandes, don Fernando de Austria, el victorioso Cardenal-Infante de la batalla de Nördlingen siete años antes.

Nombrado en sustitución del fallecido, don Francisco de Melo, conde de Assumar, que era capitán general del ejército de Alsacia y que había tomado a los franceses en diciembre la importante plaza de Aire sur la Lys, reorganizó con energía el ejército de Flandes y habiéndole sido ordenado que para la campaña de 1642 concentrara sus fuerzas contra Francia como medio de desviar la presión de esta sobre la rebelde Cataluña, aprovechó la demora en movilizar de los holandeses para iniciar su ataque a primeros de abril de 1642 contra las plazas perdidas de Lens y La Bassée, recuperándolas y maniobrando después para separar a los ejércitos franceses de Picardia y Champaña de los mariscales Harcourt y De Guiche que habían sido destinados a proteger la frontera norte de Francia mientras sus ejércitos principales se dirigían hacia Cataluña.

El 26 de mayo, Melo se lanzó contra el ejército de Champaña en Honnecourt aniquilando al ejército de De Guiche aunque no pudo explotar el éxito por tener que acudir en ayuda de los imperiales derrotados en Kempel y a defender la frontera norte contra los holandeses pero habiendo adquirido reputación, gloria, ventaja estratégica y debilitado al enemigo francés al haberle ocasionado fortísimas pérdidas.

LA BATALLA DE ROCROI

LOS EJÉRCITOS FRANCÉS Y ESPAÑOL COMIENZAN LA CAMPAÑA DE 1643

Casi con el año 1642 murió el cardenal Richelieu y a principios del año siguiente el rey Luis XIII sobrevivía muy debilitado (moriría el 14 de mayo). El plan de campaña que el cardenal y el rey habían ideado para 1643 consistía en mantener dos ejércitos en el norte de Francia contra el Flandes español, el de Picardía al mando del duque de Enghien (futuro príncipe de Condé) y el de Champaña al mando del conde De Guiche y otro denominado de Borgoña al mando del mariscal de la Meilleraye para atacar en dirección al Franco-Condado español, además de una reserva para acudir donde fuese preciso y un contingente de 10.000 hombres para el frente de Cataluña.

El ejército de Picardía estaba compuesto de 20 regimientos de infantería, de los cuales no más de la mitad eran de fiar, destacaban los dos "Grands Vieux", Picardie y Piémont y los tres "Petits Vieux" , Rambures, La Marine y Persan , así como de 21 regimientos de caballería algunos de los cuales arrastraban cierta mala fama de la campaña del año anterior (D'AUMALE, 1886:40-41).

Por su parte, don Francisco de Melo, siguiendo las instrucciones recibidas del conde-duque de Olivares y aprovechando el retraso en la movilización al que el clima hostil obligaba a los holandeses, dio órdenes a los diferentes cuerpos de los ejércitos de Flandes y de Alsacia para concentrarse con rapidez y penetrar en Francia a fin de que las tropas francesas destinadas a Cataluña y otros frentes tuviesen que regresar, lo que consiguió, y determinó tomar la pequeña ciudad de Rocroi que estaba mal guarnecida y abastecida según sus noticias y ordena al barón de Beck que con sus 5.000 hombres del ejército del Luxemburgo del que era capitán general tome la plaza de Chateau-Regnault en el río Mosa para asegurar la vía de aprovisionamiento de todo el ejército.

El maestro de campo general del llamado ejército de Alsacia, conde de Isembourg, maniobra rápidamente y al frente de una avanzadilla de 1.200 infantes y 5 regimientos de caballería alemanes y 1 de croatas se presenta ante los muros de Rocroi al amanecer del día 12 de mayo y, de acuerdo con su Sargento Mayor de batalla Jacinto de Vera bloquea totalmente Rocroi (VINCART,1880:424).

LOS EJÉRCITOS ESPAÑOL Y FRANCÉS ANTE ROCROI

El 13 de mayo la caballería croata, que actúan como exploradores, de las fuerzas reunidas de Melo penetra en territorio francés sembrando la alarma y el 14 el general francés recibe un aviso de su padre, el príncipe de Condé, para que vaya a París ante el inminente fallecimiento del Rey. El general le responde que irá si se le manda así pero que cree mejor hace frente a la invasión a la cabeza del ejército, cosa que su padre acepta.

El 15 de mayo, Melo maniobra en otra dirección y se presenta ante Rocroi juntando sus fuerzas con las de Isembourg, reconoce junto con su maestro de campo general, conde de Fontaine, su general de caballería, duque de Alburquerque, y su general de artillería, Alvaro de Melo, la plaza y se toma una decisión trascendental que es no fortificar las posiciones españolas creyendo a las fuerzas francesas lejanas y dispersas y posible la caída de la plaza en unos pocos días. Solo se señalaron los puestos a los que debía acudir cada unidad del ejército en caso de presentarse el enemigo a socorrer la plaza, lo que se llamaba el "frente de banderas". El duque de Alburquerque en una carta que escribió sobre la batalla criticó la excesiva longitud de ese frente y los huecos que presentaba. Empezaron inmediatamente los trabajos de sitio.

http://www.tercios.org/personajes/ALBURQUERQUE_VIII.html (consultado el 7-11-2014)

El 17 de mayo, el duque de Enghien, que había acudido a marchas forzadas sobre Rocroi reuniendo a todas las fuerzas que encontraba en su camino celebra un Consejo de Guerra con su teniente general L'Hopital, los mariscales de campo Espenan y La Ferté, el mariscal de batalla La Valliere está ausente, los maestros de la caballería Sirot y la infantería Persan, el jefe de la artillería La Barre y el maestro general de la caballería Gassion que informa de su reconocimiento de las posiciones españolas en torno a Rocroi donde ha conseguido introducir un refuerzo de 120 fusileros, manifestando que si la plaza no es socorrida caerá en manos de los españoles antes de 36 horas. El mariscal de L'Hopital opina en contra de una batalla general pero el comandante en jefe resuelve que el día siguiente se avance sobre

Rocroi dispuestos a la batalla, cuenta con dieciocho batallones de infantería (de 15.000 a 16.000 hombres) y treinta y dos escuadrones de caballería (de 6.000 a 7.000 jinetes), (AUMALE, 1886:75-79).

Al comenzar el día 18 el ejército francés emprende la marcha hacia Rocroi y sobre el mediodía, mientras el ejército español estaba preparando el asalto general a la ciudad, un explorador croata llega al galope con la noticia de que las avanzadas francesas han aparecido en las inmediaciones, lo que lleva al general español a mandar que las unidades ocupen las posiciones asignadas y enviar un correo al barón de Beck para que acuda con sus fuerzas a reunírsele.

Las avanzadas de caballería francesa y mangas sueltas de mosqueteros (los "enfants perdus") se despliegan para señalar el frente francés, mientras que El general español observa y manda que se retiren las unidades y la artillería del asedio de la plaza – dejando unas pequeñas fuerzas de cobertura- para formar la línea de batalla española

Sobre las tres de la tarde empiezan a entrar en línea de batalla todas las fuerzas francesas que van llegando, a la derecha 15 escuadrones de caballería de unos 200 jinetes cada uno en dos líneas, en el centro 15 batallones de infantería de unos 800 hombres cada uno en dos líneas escaqueadas, en la izquierda 13 escuadrones de caballería y en la retaguardia 3 batallones de infantería y 4 escuadrones de caballería. Sobre las cuatro de la tarde los 18 cañones españoles empiezan a disparar sobre el despliegue francés ocasionando unas 500 bajas mientras que la artillería francesa no produce pérdidas apenas en el ejército español.

Mientras que sobre la línea de batalla francesa no hay discusión el despliegue español es uno de los temas más controvertidos de la historiografía sobre la batalla, pues las fuentes francesas son erróneas y las españolas tienen algún grado de contradicción y ambigüedad importantes.

Juan Antonio Vincart que era el secretario de los avisos secretos de guerra, pero que no estuvo en la batalla, escribió una relación dirigida al rey Felipe IV en la que literalmente dice:

Con esto, dispuso el Maestre de campo general, conde de Fontana la batalla, en cinco batallones de españoles á la vanguardia con dos piezas de artillería entre cada batallón, otros tres batallones, uno de italianos y uno de borgoñeses á la batalla, cinco de valones á la retaguardia y cinco de alemanes para la reserva, y la caballería á la derecha y á la izquierda de los dichos batallones de infantería, disponiendo una frente muy grande, en cuanto todos creían que el intento del enemigo era sólo de intentar de socorrer la plaza y no de aventurar una batalla en la coyuntura que estaba la Francia por la muerte de su Rey.

Se puede interpretar, entonces, que la infantería, estaba distribuida en cuatro líneas de fondo, vanguardia, batalla, retaguardia y reserva con veinte batallones en total. Esta inaudita distribución sorprende pero es que Vincart al hablar poco después del despliegue francés dice:

El duque de Enguien, habiendo dado la facultad para disponer el ejército francés en batalla al Mariscal de campo y Teniente general de la caballería el Gassion, y otro Mariscal de campo el marqués de la Ferté-Senesterre, dispusieronla en forma que entre cada batallón de infantería había un escuadrón de caballería, de modo que la caballería venia mezclada con la infantería, tan conjuntamente, que las cabezas de los caballos no pasaban de los hombres, teniendo dispuesto á la vanguardia cuatro batallones de infantería y cinco escuadrones de caballería; á la batalla siete batallones de infantería y nueve escuadrones de caballería; á la retaguardia cuatro batallones de infantería y cinco de caballería con una reserva de 6.000 hombres, caballería é infantería, y detrás de todo un grueso de 500 caballos....

Esto es totalmente irreal, tanto por el número de las unidades en cada línea como por esa “mezcla” de caballería e infantería, esa mezcla se dio al principio de llegar las vanguardias de caballería y mangas de mosqueteros franceses, que se colocaron así para sostener el frente de despliegue en el que iban entrando en línea las unidades según llegaban y en las fases de la batalla que veremos luego, pero no en la formación inicial.

D. Antonio Cánovas hace una interpretación de Vincart que aclara algunas cosas:

Claro es, pues, que los españoles estaban á la cabeza de línea ó vanguardia, y que los italianos y borgoñones formaban por su izquierda la batalla. La retaguardia, que siempre seguía á la batalla, se situó esta vez, según dicha versión, no á la extrema izquierda de la primera línea, sino en segunda, dejando en tercera otra parte como reserva.

Pero existen dos fuentes, para mí, en extremo esclarecedoras, una la cita el mismo Cánovas, en referencia a los puestos de honor de la línea de batalla:

El primero, que Gualdo Priorato, que no podía confundir las cosas, por ser tan competente soldado como se sabe, indica que «aquel día estaban descontentos los tercios italianos por haber tomado para sí los españoles la vanguardia y la retaguardia», ó sea también el extremo izquierdo de la batalla, y de toda la primera línea, ya que había quedado en segunda la retaguardia del orden de marcha.

La segunda es la carta enlazada del duque de Alburquerque:

Vamos ahora a la mala forma con que estaba dispuesto el ejército, que parece imposible que lo pudiese errar un niño, cuanto más un hombre tan viejo como Fontana. Habiendo 21 tercios de infantería, tenia puestos cinco de frente al enemigo y los demás que hacían frente al sesgo por los costados, y toda la caballería del Rey en ala al cuerno izquierdo y, al derecho, otra ala de alguna caballería del Rey y lo demás de regimientos y caballería alemana; en fin, él tenía puesto el ejército en plaza de armas en vez de ponerlo en batalla, y con tan poco retén y reserva como si no se hubiese de pelear, porque Fontana nunca se persuadía que el enemigo nos había de dar la batalla.

Los órdenes de batalla de ambos ejércitos podrían ser los expuestos, con la duda de la cantidad de tercios de que habla Alburquerque.

ORDEN DE BATALLA DEL EJERCITO FRANCES

TERCERA LINEA

SEGUNDA LINEA

PRIMERA LINEA

ALA IZQUIERDA

ESCUADRONES

D 'Harcourt
Hendicourt
Marolles
Desconocido
Notof

1º del regimiento de Fusileros
2º del regimiento de Fusileros
1º del regimiento de Guiche
2º del regimiento de Guiche
1º del regimiento de La Ferté
2º del regimiento de la Ferté
Beauvau
La Clavière

CENTRO

BATALLONES Y ESCUADRONES

BATALLONES

Chac (Escuadrón)
Reales (Batallón)
Gendarmes (Escuadrón)
Watteville (Suizos, Batallón)
Gendarmes (Escuadrón)
Harcourt, Hebeterre y
Gesures (Batallón)
Sirot (Escuadrón)

Guiche y Bussy
Langeron-Breze
Roll (Suizos)
Theviot (Escoceses)
Watteville (Suizos)
Vidaume
Vervins-La Préé

Piedmont
Rambures
Bourdonné-Biscaras
1º de Mollandin (Suizos)
2º de Mollandin (Suizos)
Persan
La Marine
Picardie

ALA DERECHA

ESCUADRONES

Vamberc
Leschelle
Sillart
Maineville
Roclore

Suilly
Coeslin
Lenoncourt
1º del regimiento de Gassion
2º del regimiento de Gassion
1º del regimiento Real
2º del regimiento Real
Guardias
Raab (Croatas)
Chack (Húngaros)

Fuente: (Barado, 1886:142). Los escuadrones de Raab y Chack no figuran, pero si en http://en.wikipedia.org/wiki/Rocroi_order_of_battle consultado 10-11-2014.

ORDEN DE BATALLA DEL EJERCITO ESPAÑOL

TERCERA LINEA

SEGUNDA LINEA

PRIMERA LINEA

ALA IZQUIERDA

TROZOS (DE 2 A 4 COMPAÑIAS)

Barón de Bramont
Juan Mascareñas
Ermes Bentovoglio
Antonio de Rojas
Antonio Barraquin
Francisco Morón

Virgilio Orsini
Cesare Toralto
Antonio de Ulloa
Antonio de Butrón
Juan de Borja
Gaspar de Bonifacio

CENTRO

COMPAÑIAS

BATALLONES

Antonio Vicentino
Carlo de Colombo
Conde de Umego
Barón de André

Bassigny (Valones)
Meghem (Valones)
De Grange (Valones)
Ribaucort (Valones)
De Ligne (Valones)
Rouvroy (Alemanes)
Guasto (Alemanes)
Embisse (Alemanes)
Frangipani (Alemanes)
Ritberg (Alemanes)

Mixto
Mixto
Mixto
Borgoñones
Italianos
Velandia
Villalba
Alburquerque
Garcies I
Garcies II
Castelví

ALA DERECHA

ESCUADRONES

2º del regimiento Bucquoy	1º del regimiento Bucquoy
2º del regimiento Donckel	1º del regimiento Donckel
2º del regimiento Broncq	1º del regimiento Broncq
2º del regimiento J. de Vera	1º del regimiento J. de Vera
2º del regimiento Sanary	1º del regimiento Sanary
2º del regimiento Vichet	1º del regimiento Vichet
2º del regimiento Neygb	1º del regimiento Neygb
Ystuan (Croatas)	Ystuan (Croatas)

Fuente: Hipótesis propia sobre la recopilación de las fuentes consultadas.

HIPOTESIS SOBRE EL ORDEN DE BATALLA Y EL ESCUADRONAMIENTO

El orden de batalla francés no ofrece mayores incógnitas, pero el español se construye sobre las siguientes hipótesis:

- 1º.- Asistieron a la batalla 21 batallones escuadronados (duque de Alburquerque).
- 2º.- La infantería de Melo estaba desplegada en dos líneas, pero sesgadas (ídem).
- 3º.- La derecha y la izquierda de la primera línea la ocupaban tercios españoles o mayoritariamente formados por españoles (Cánovas).
- 4º.- El efectivo de cada batallón escuadronado era sobre 800 hombres.
- 5º.- La caballería de las dos alas formaba en dos líneas (Barado y Aumale)

En cuanto a la forma en que estaban escuadronados los batallones:

- 1º.- Dávila Orejón que asistió a la batalla dijo en su obra posterior "Política y Mecánica para Sargento Mayor de Tercio" que nunca había visto escuadronar a Tercio español en más de nueve filas de profundidad (Cánovas).
- 2º.- El maestro de campo general, conde de Fontaine, ordenó formaciones de "gran frente" para cubrir el mayor terreno posible (Vincart).
- 3º.- Se puede suponer que sobre 800 hombres cada escuadrón podía tener, a lo sumo 40 filas de 8 piqueros de fondo, dos guarniciones de 40 arcabuceros a cada lado, dos mangas de mosqueteros laterales de 30 por 5 de profundidad y una manga delantera de 50 por 2 mosqueteros.
- 4º.- Que de los 5 Tercios españoles, el de Garcies formó dos escuadrones y los otros cuatro aportaron unos 400 hombres cada uno para formar la mayoría de los tres tercios mixtos de españoles, italianos y borgoñones.
- 5º.- Que los 500, 800 o 1.000 mosqueteros (según las fuentes) que fueron destacados en el bosquecillo de la izquierda española antes de la batalla provenían de los tercios valones y alemanes de la segunda línea y al perderse debilitaron los escuadrones que formaban esos tercios.

ÚLTIMOS MOVIMIENTOS ANTES DE LA BATALLA

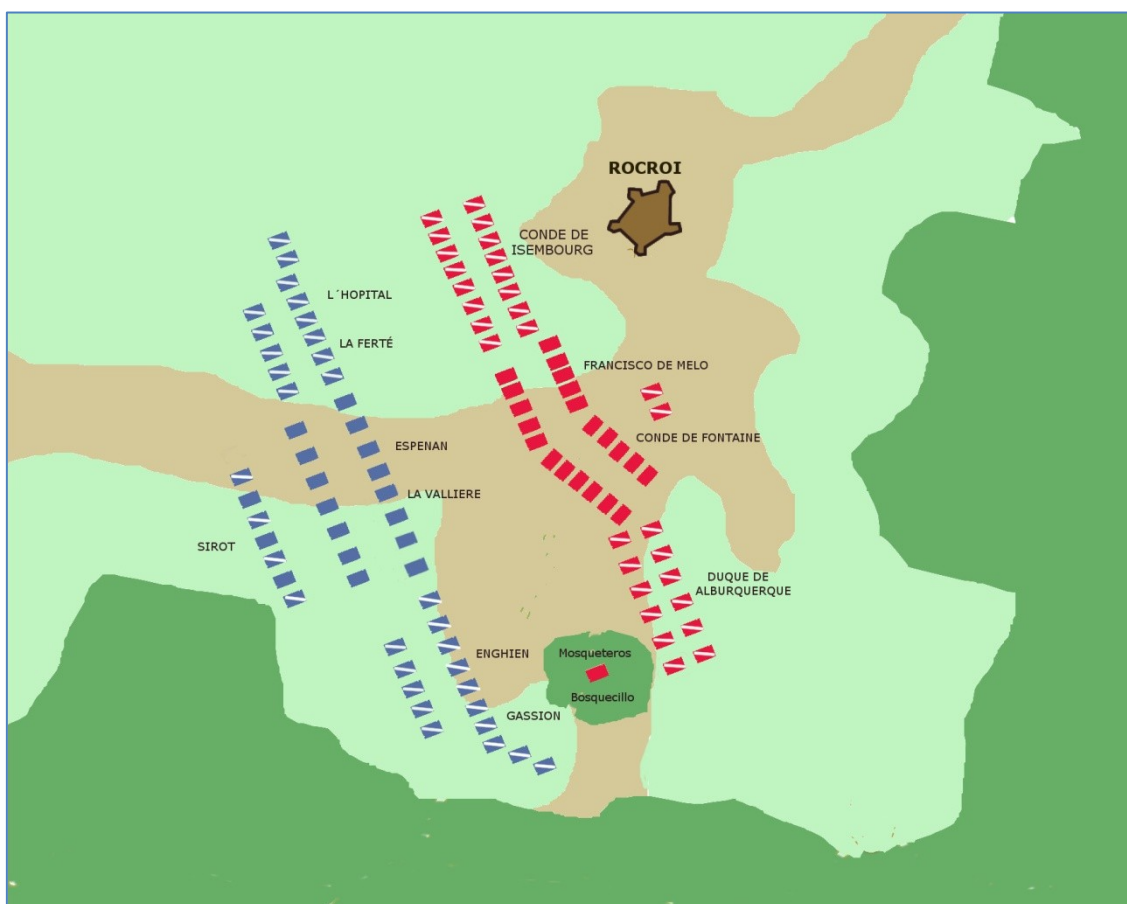
A las seis de la tarde los dos ejércitos están desplegados y el ala izquierda francesa intenta un movimiento de ayuda a la plaza sitiada, es un error que deja descubierto el centro y que provoca que los tambores españoles batan y toda la línea imponente de los Tercios avance a paso de carga con las picas enarboladas, quizá con una música parecida a esta.

<https://www.youtube.com/watch?v=caJUHxtWZQA>

El impetuoso Alburquerque reclamó que se entablara batalla pero Melo le dijo que esperaba al barón de Beck para hacerlo y los franceses volvieron la espalda y entraron otra vez en línea. Solo se ocupó el bosquecillo que cubría la izquierda española con un número de mosqueteros de entre 500 a 1.000 y los dos ejércitos se acostaron sobre el que sería el campo de batalla al día siguiente.

COMIENZA LA BATALLA

En plena noche, un desertor francés del ejército de Melo aparece ante el duque de Enghien y le comunica que el general español espera al barón de Beck a las siete de la mañana para atacar y que en el bosquecillo que hay delante de su ala derecha se han emboscado mil mosqueteros.



Despliegue inicial de los dos ejércitos en la madrugada del 19 de mayo de 1643

Enghien ordena montar a la caballería de Gassion y además acudir a las mangas de mosqueteros "enfants perdus" al mando del sargento mayor del regimiento de Piedmont que junto al regimiento de Picardie sorprenden a los dormidos mosqueteros del ejército español y los exterminan en combinación con los escuadrones de caballería de Gassion. Son las tres de la mañana y comienza la batalla (AUMALE, 1886:100).

ATAQUE DE LA DERECHA FRANCESA

Todos los escuadrones de caballería del ala derecha francesa con las mangas de mosqueteros "enfants perdus" y batallones de infantería franceses intercalados entre ellos pasan el bosquecillo y atacan a los escuadrones españoles de Flandes que sus jefes, el duque de Alburquerque y sus tenientes generales Juan de Vivero y Pedro de Villamor, han puesto en posición de combate a los primeros tiros. Según recalca Alburquerque en su carta, refrendado por Vincart, los franceses venían intercalados caballería e infantería, mientras que los españoles por decisión del maestro de campo general, conde de Fontaine, solo atacaron con caballería.

El duque de Alburquerque disponía de unas 40 compañías de caballería de muy mermados efectivos, siendo una cifra probable en torno a los 1.500 jinetes mientras que los franceses disponían de 15 escuadrones de 200 jinetes, con lo que doblaban en número a los españoles, pero además, según las diversas fuentes, varios de los regimientos franceses de la primera línea de infantería tomaron parte en el choque, se menciona al de la extrema derecha francesa- Picardie- y a dos de "esguízaros" que era el nombre que daban los españoles a los suizos que solo podían ser los dos batallones de Molondin, con lo que es muy probable que La Marine y Persan que desplegaban entre Picardie y Molondin también entrasen en fuego. Una superioridad numérica abrumadora por parte francesa.

La descripción del combate entre las fuentes francesas y las españolas es absolutamente diferente, como describe exhaustivamente Juan L. Sánchez en sus artículos de la bibliografía. El duque de Aumale aun viéndose obligado a rectificar su primera falacia sobre que el duque de Alburquerque huyó del campo de batalla después del primer choque insiste en que la caballería española quedó destrozada en la primera carga ante la francesa dividida entre Gassion y el duque de Enghien.

Tanto Vincart como Cánovas dan una descripción mucho más cierta del desarrollo de los combates, señalando que fue la caballería española la que atacó y desbarató a las fuerzas francesas hasta el punto que tuvo que adelantarse la "batalla" es decir la segunda línea de la infantería francesa a sostener con sus batallones escuadronados a los jinetes franceses para que se rehicieran detrás de ellos. Incluso tomó la caballería española la artillería francesa como demuestra Sánchez con la cita del expediente del capitán de caballos-lanzas Cristóbal Berrio de Barrionuevo.

ATAQUE DE LA IZQUIERDA FRANCESA

Simultáneamente al ataque por la derecha, en la izquierda francesa la Ferté manda cargar a sus escuadrones por creer que mucha de la caballería de Alsacia del conde de Isembourg está cerca de Rocroi. Emprenden un galope prematuro y cuando llegan cerca, extenuados, son cargados por la caballería del ejército español, parece ser que al mando del mismo Francisco de Melo que cubría así la ausencia de Isembourg. En el choque la caballería francesa es desordenada y perseguida por la de Alsacia y por Isembourg que llega con el resto de sus fuerzas. El mariscal La Ferté es hecho prisionero, L'Hopital que acude en su ayuda es gravemente herido, la artillería francesa es tomada y su jefe La Barre es muerto, los regimientos de la izquierda de la primera línea francesa Piedmont y Rambures se defienden a duras penas y tienen que retroceder. La situación es tan desesperada que el mariscal de batalla (equivalente a jefe de Estado Mayor) La Valliere da la orden de retirada al creer la batalla perdida, mientras la infantería española empieza a "echar los sombreros por alto" celebrando la victoria. Al retroceder toda el ala izquierda francesa se aproxima a la retaguardia mandada por Sirot que se niega a aceptar la derrota. Son cerca de las seis de la mañana.

SE DESAPROVECHA EL MOMENTO DECISIVO

Si en este momento las dos líneas de infantería del ejército español hubiesen avanzado para apoyar a sus alas de caballería y cargar al centro francés, es prácticamente seguro que Enghien hubiese sido derrotado en toda la línea. ¿Por qué no sucedió así?. Pues parece claro que porque la orden de avance a la infantería española no la dio el que podía darla en ese momento, que era el maestro de campo general conde de Fontaine dado que el comandante en jefe, Melo, estaba ocupado en el ala derecha española dirigiendo, primero solo y después con Isembourg, a la caballería de Alsacia y Fontaine no dio esa orden porque sus instrucciones eran de defender y no de atacar, o de "poner el ejército para muestra y no para batalla" como acusó el duque de Alburquerque.

LOS FRANCESES RESTABLECEN LA SITUACIÓN

Los jinetes de Isembourg victoriosos se dedican a saquear el campo francés, mientras las fuerzas de la reserva de Sirot proporcionan apoyo a su caballería derrotada para que se rehaga y contraataque a los ahora desorganizados jinetes de Alsacia. Por más que Isembourg intenta reorganizar sus escuadrones estos son puestos en fuga y él mismo es herido y hecho prisionero, aunque después fue liberado por sus tropas en retirada.

En el flanco derecho francés los escuadrones de Gassion y Enghien se rehacen detrás de los batallones de infantería de la "batalla" (segunda línea) y cargan nuevamente a los muchos menos numerosos jinetes de Flandes, que además combatían sin apoyo de infantería, desbordándoles totalmente a pesar de que Alburquerque y sus tenientes generales intentan rehacer una y otra vez los "gruesos" existentes, *pero no hallaron sino Capitanes y Oficiales sin soldados* (VINCART,1880:438).

Parece indudable que la caballería del ejército español de su ala derecha, la de Alsacia formada mayoritariamente por alemanes, que era fuerte y estaba bien organizada en regimientos no cumplió bien con su deber, de ahí los comentarios del general español Melo en su informe de la batalla sobre sus deficiencias y el rencor que les había tomado la infantería.

La infantería está tan resentida de la caballería, que temiera alguna desgracia si juntase ahora este mismo ejército. (CÁNOVAS, 1888:450)

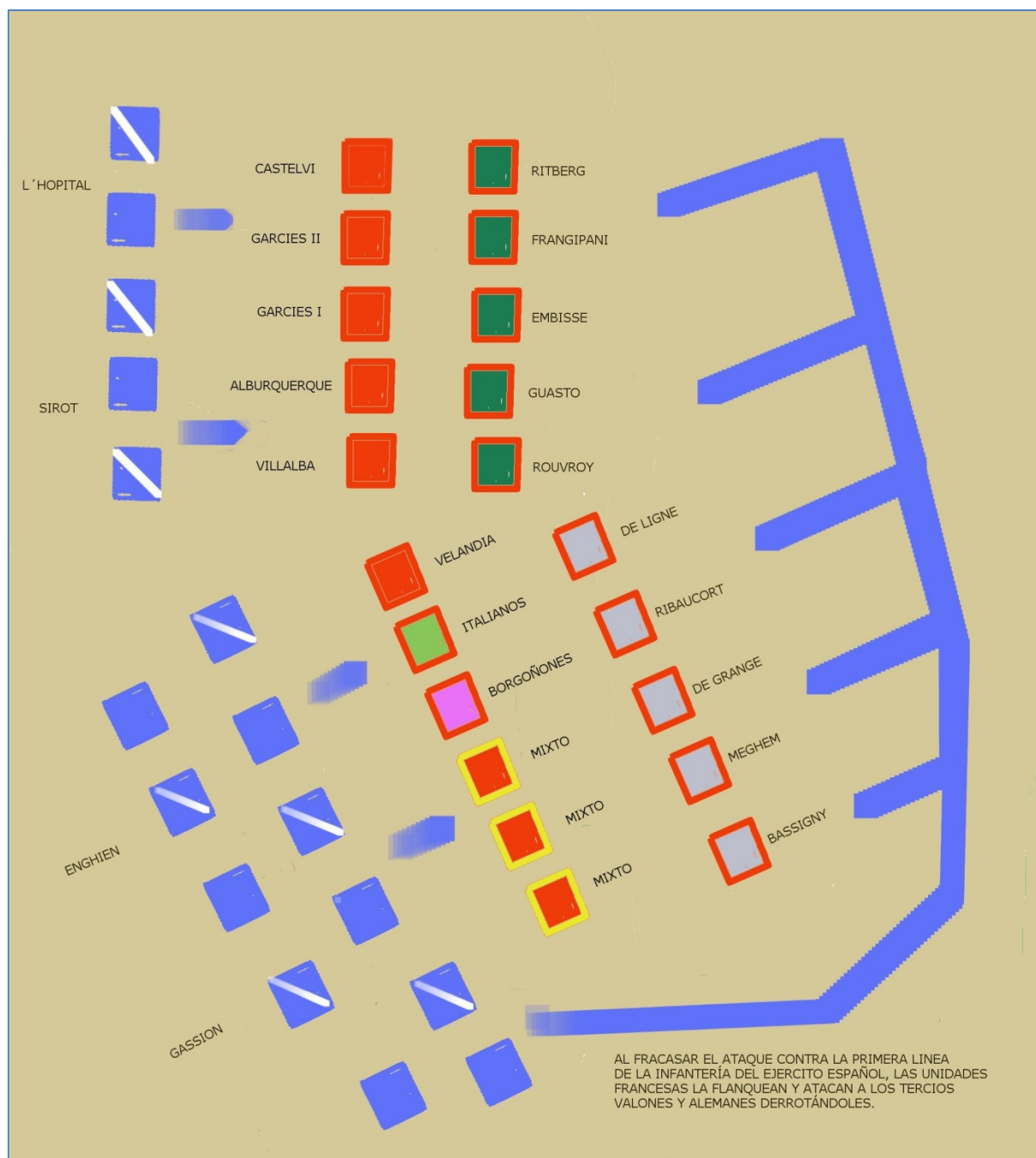
La caballería del ala izquierda española, la de Flandes, combatió con más denuedo a pesar de que los españoles eran minoritarios en ella, pero su mala organización en "trozos" al mando de oficiales nombrados por seis meses que tenían poca autoridad, su inferioridad numérica frente a su opuesta francesa y, sobre todo, la falta de apoyo de formaciones de infantería detrás de las cuales pudiesen reorganizarse determinó su derrota y dispersión.

Juan L. Sánchez da cuenta de una carta del licenciado García Illán, que era proveedor general del ejército en la que dice que:

*... aunque la pérdida de Rocroy ha dado grande estampido, ha sido mucho menos de lo que se imaginaba, **porque se salvó toda la caballería enteramente** y tres tercios de italianos que hicieron las espaldas al bosque..*

ATAQUE CONTRA LA PRÍMERA LÍNEA DE INFANTERÍA ESPAÑOLA

Una vez que la caballería del ejército español hubo sido prácticamente desalojada del campo de batalla, las unidades francesas atacaron a los 21 batallones escuadronados del ejército español que no se habían movido.



Esquema de los ataques franceses a la primera y segunda líneas de infantería española, italiana, valona y alemana.

A la primera carga sobre la primera línea de la infantería española, según las fuentes, cayeron muertos el maestre de campo general conde Fontaine y los maestros de campo D. Bernardino de Ayala, conde de Villalba, y D. Antonio de Velandia, pero sus batallones escuadronados resistieron inmutables las cargas francesas, lo que ocasionó que las unidades francesas flanqueando esa primera línea se arrojaran contra las formaciones de los tercios valones y alemanes que a pesar de combatir con gran denuedo y seguramente por estar muy escasos de mosqueteros y arcabuceros y estar escuadronados de forma poco apta para resistir las cargas de caballería (pocas filas de fondo) así como carecer de apoyo de caballería propia, fueron desbaratados en breve tiempo.

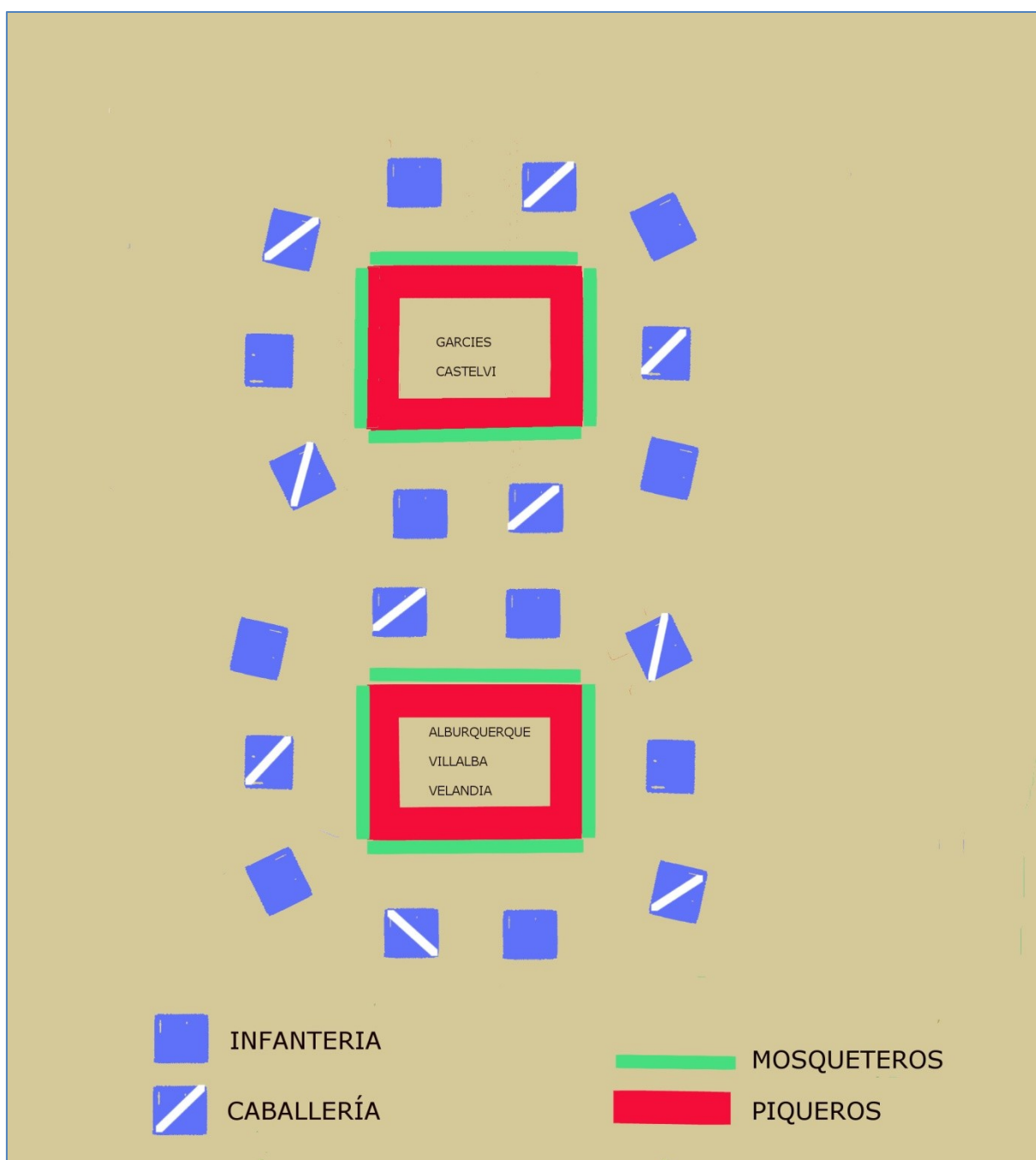
Una vez que la segunda línea española fue barrida del campo, los franceses insisten en sus ataques a las unidades de la primera línea ocasionando que los soldados italianos supervivientes, en su mayoría se retiren aunque sin perder la formación, dejando sobre el terreno únicamente a los tercios de españoles y restos de italianos y borgoñones.

Es materia de discusión si los italianos se retiraron por estar ofendidos de no haber sido destinados a la extrema izquierda de la primera línea, que era el puesto que les correspondía según el protocolo de los ejércitos de la monarquía hispánica o por no ser capaces de resistir más las cargas francesas. Lo cierto es que los cinco tercios orgánicos españoles quedaron solos sobre el campo.

A estas alturas de la batalla – sobre las ocho de la mañana – es cierto que los cinco tercios españoles ya no estarían escuadronados a nivel individual ni de la misma forma, según Aumale todos ellos formaban un “rectángulo prolongado”, afirmación inexacta pues de haber sido así no se hubiesen podido producir dos capitulaciones diferentes, como se verá. Es más factible que estuviesen posicionados en dos “Escuadrones de trozos con su plaza vacía” como dice Cánovas, dando frente por igual a los cuatro costados, el primero con los efectivos restantes de los primitivos escuadrones de Castelví y los dos de Garcías y el segundo con los de Alburquerque, Villalba y Velandia, aunque Juan L. Sánchez coloca a los restos de estos dos últimos en el cuadro de Garcías. Lo importante es que la infantería de españoles formó dos cuadros dispuestos a combatir hasta el final. En ambos podría haber restos de italianos, borgoñones, valones y alemanes pero muy minoritarios.

LA MEJOR HORA DE LA INFANTERÍA ESPAÑOLA

Parafraseando a Winston Churchill cuando pronunció su discurso en el Parlamento británico el 18 de junio de 1940, esta hora – mejor dicho estas dos horas- del día 19 de mayo de 1643 que están por venir quedarán como las mejores en todos los años de existencia de la infantería española (y son muchos más que los pretendidos mil años que auguraba Churchill para el Imperio británico).



Los dos escuadrones de infantería de los tercios españoles rodeados de unidades francesas de infantería y caballería.

El general francés está enormemente preocupado por la proximidad de las fuerzas del barón de Beck que ya se aproximan pues, como se verá, sus bajas son enormes y un contraataque de estas puede dar la vuelta al resultado de la batalla, además el general en jefe español, Francisco de Melo, ha escapado en el último momento y se ha reunido con su subordinado Beck. Le urge por tanto acabar con la resistencia de los dos cuadros de españoles por lo que ataca a estos por todos los lados con cargas sucesivas de infantería y caballería. Según Aumale tuvieron que dar los franceses cuatro cargas para rendir a los tercios españoles, su descripción del final de la batalla es ridícula, además de falso por completo.

Los vencidos, oficiales, soldados, se congregan a su alrededor, extendiendo sus brazos, imploran su protección. (AUMALE, 1886:117)

Pero lo cierto es que los dos cuadros de españoles se rindieron, después de dos horas de aguantar completamente rodeados y agotar las municiones, pues las dos últimas descargas de mosquetería las hicieron sin bala (CÁNOVAS, 1888:230). Afortunadamente Juan L. Sánchez señala una fuente bastante desconocida que permite aclarar el final de la batalla y las circunstancias de esta rendición. Se trata de las Memorias de Matías de Novoa, un oscuro ayuda de cámara de Felipe IV, que tenía inmejorable acceso a oír interesantes informaciones, y que escribe:

quedó preso el conde de Garcies, y su tercio quedó entero; pidiéndole que se rindiese no quiso, volviendo las caras á todas partes que eran acometidos, y eran españoles; y los franceses, por no poner en duda la victoria y que mudase semblante, como se mudó al principio para nosotros, y respetando y reconociendo la nación, les ofrecieron cuartel , y capitularon los darían paso, carruaje y bastimentos hasta Fuenterrabía; con que no pelearon, porque todo estaba acabado, y cumpliéndoles lo asentado, vinieron hasta allí.

.....
el último que quedó en la campaña fue el tercio del duque de Alburquerque, y embistiéndole por los cuatro costados todo el poder del enemigo, sin embargo le rechazó, (cosa extraña y pocas veces oída) que no atreviéndose á pasar adelante, temiendo que no se mudase la fortuna, enviaron un Coronel de paz á pedirles se rindiesen; y después de haberlo realizado el tercio del duque de Alburquerque, al fin, como se veía solo y perdido, se rindió, con pactos en campaña rasa, como si fuera sobre plaza fuerte.

(NOVOA, 1886: 116-117)

Nada de brazos extendidos implorando protección como escribe el falaz Aumale sino capitulaciones ante la imposibilidad de derrotar a los infantes españoles.

Ahora está claro que el primer cuadro que capituló, el de Garcés y posiblemente Castelví, obtuvo condiciones inmejorables, incluida la libertad y por ello en el estudio de Juan L. Sánchez se demuestra que muchos de sus capitanes y soldados estaban en noviembre del año otra vez incorporados al ejército de Flandes. Lo más probable es que Enghien concediese condiciones tan generosas por el gran peligro de que el barón de Beck se lanzase al ataque y cuando vio que no tenía intención de hacerlo, ya más tarde, la capitulación concedida al cuadro de Alburquerque solo incluía la vida pero quedaron prisioneros, es de notar que a este último cuadro se habían trasladado Garcés y posiblemente Castelví, después de que su cuadro capitulase para seguir la suerte de sus últimos camaradas sobre el campo del honor. Por ello, Dávila Orejón en su relato habla de que este último cuadro estaba mandado por estos dos maestros de campo además de por su Sargento Mayor Juan Pérez de Peralta.

Enviaron los enemigos un trompeta, como pudieran a un castillo , preguntando de parte del príncipe de Conde quién mandaba aquel escuadrón ; y habiéndole respondido que el conde de Garcés , D. Jorge Castelví y su propio Sargento Mayor , mandó replicar que cómo eran tan bárbaros que llegaban a extremos tales, y que en el mundo sólo ellos (como es así) eran el primer ejemplar: que lo mirasen bien, y el poco recurso humano que les quedaba; que él ofrecía cuartel, que es las vidas, y, en suma, la cosa se redujo á capitular como plaza fuerte.

(CÁNOVAS, 1888:228-229)

Son cerca de las diez de la mañana y todo ha terminado. Para Francisco de Melo la victoria francesa se debió al “orden de su caballería”

Los franceses tienen regimientos, y en las otras compañías un Cabo que manda cierto número dellas , á que llaman Maestre de Campo de la caballería; en Alemania hay regimientos, y aquí unos Comisarios Generales para mandar trozos y tropas, pero por seis meses solamente, con que los Capitanes no los obedecen , y las compañías son de veinticinco ó treinta caballos y de cuarenta muchas ; cada uno de los Capitanes no sabe cómo ni dónde juntarse , y en esta batalla, siempre que rompíamos algún trozo de caballería francesa, al mismo punto se rehacía, y en desordenándose algún trozo nuestro, no había forma de juntarle.

(CÁNOVAS, 1888:451)

El Consejo de Estado, reunido el 17 de junio en Madrid, decidió que no era necesaria la reorganización de la caballería pedida por Melo, sino que hubiese más españoles en ella para que pudiese medirse con la francesa.

LAS BAJAS DE AMBOS EJÉRCITOS

Juan L. Sánchez en su trabajo enlazado establece bien el número de bajas de ambos ejércitos, resaltando los datos aportados por la carta del licenciado García Illán:

solamente llegará el número de los muertos de 3 a 4.000 hombres, y a 5.000 los prisioneros. De los españoles serán cerca de 1.000 [los muertos] y otros 2.000 prisioneros; y ha sido tan grande el valor con que estos pelearon que obligó al Francés, estando con su ejército victorioso, a ofrecerles cuartel y capitular la forma del, estando aun en la batalla, cosa que no se ha visto jamás. La desgracia nuestra fue que, conociendo el enemigo que a las diez del día se nos había de juntar el ejército del barón de Beque (Beck), nos embistió a la mañana, y cuando llegó el barón de Beque sobre una colina, sirvió de que el enemigo no siguiese a los nuestros, y que se salvase la mayor parte.

Sánchez precisa exactamente el número de prisioneros sirviéndose de las relaciones francesas en 3.826 hombres y señala el enorme parecido en cuanto a pérdidas españolas en Rocroi con el de pérdidas francesas en Honnecourt el año anterior.

Honnecourt y Rocroi son dos batallas muy similares en cuanto a sus cifras y escasa influencia en el transcurso de la guerra que enfrentaba a España y Francia. Sólo el «efecto mediático» tornaría a una sobresaliente y a la otra olvidada en la Historia. Y la de Honnecourt lo fue tanto que hace solo unos meses hemos descubierto que el Museo del Prado conserva, desde hace tres siglos y medio, una pintura de Snayers sobre aquel suceso, erróneamente atribuida al asedio de Bolduque.

Y termina su relato con esta afirmación:

Ha costado justamente diez años despejar las incógnitas y resolver la monumental diofántica, pero ya a nadie escandalizará, ni sonará a burda patraña exculpatoria la siguiente afirmación contenida en el relato del duque de Alburquerque:

— **«De cada diez muertos, seis fueron franceses».**

Nunca creí que llegaría a creerle y, sin embargo, ahora sospecho que pudiera quedarse algo corto.

Lo cierto es que en noviembre de 1643, en la muestra (revista) que pasaron los tercios de españoles presentes en la batalla arrojan una media de 500 efectivos, que calculando una media de 1.200 antes de Rocroi, dan unas pérdidas (para toda la campaña) de 3.500 hombres (incluyendo desertores), lo que cuadra bastante con las cifras de las fuentes españolas reseñadas por Juan L. Sánchez.

CONCLUSIÓN

La batalla de Rocroi ha quedado en la historiografía militar como el momento en que los Tercios de Infantería española fueron aniquilados debido a la falaz literatura de autores franceses y de otras naciones sobre el suceso. Como escribe Juan L. Sánchez:

hemos podido probar que los contemporáneos que escribieron en España sobre el asunto fueron veraces. Los franceses no, pero su juego era otro: allí se utilizó la batalla para los fines que entendieron convenientes a la coyuntura política. Aparentemente lograron sus objetivos y Mazarino, La Moussaye, Renaudot, Lenet y los demás pudieron quedar satisfechos de haber cumplido muy satisfactoriamente su papel.

En mi opinión existe otro poderoso motivo por el que el mito de Rocroi nació y sigue vivo y es la tenaz labor de difamación a todo lo español que desde hace siglos persiste y que no reconoce los méritos de España en ningún campo, labor que fue bien reflejada por un extranjero y citada por Julián Juderías en su libro "La Leyenda Negra".

*La nación que cerró el camino a los árabes; que salvó a la cristiandad en Lepanto; que descubrió un Nuevo Mundo y llevó a él nuestra civilización; **que formó y organizó la bella infantería, que sólo pudimos vencer imitando sus Ordenanzas**; que creó en el arte una pintura del realismo más poderoso; en teología, un misticismo que elevó las almas a prodigiosa altura; en las letras, una novela social, el Quijote, cuyo alcance filosófico iguala, si no supera, al encanto de la invención y del estilo; la nación que supo dar al sentimiento del honor su expresión más refinada y soberbia, merece, a no dudarlo, que se le tenga en cierta estima y que se intente estudiarla seriamente, sin necio entusiasmo y sin injustas prevenciones.*

(JUDERÍAS, 2003:425)

BIBLIOGRAFÍA

- ALBI DE LA CUESTA, JULIO: “De Pavía a Rocroi. Los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII”, 2005, Balkan Editores, Madrid.
- ALVAR EZQUERRA, ALFREDO.: “Va a estallar una guerra: ¿dónde? ¿cuándo?”, *Revista Desperta Ferro*, N° Especial I, Madrid, 2012, pp.6-9.
- BARADO, FRANCISCO: “Historia del Ejército Español. Tomo III”, M. Soler, 1886, Barcelona.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO: “Estudios del reinado de Felipe IV, Tomo II”, 1888, A. Pérez Dubrull, Madrid.
- CÁNOVAS DEL CASTILLO, ANTONIO: “Bosquejo histórico de la casa de Austria en España”, 1911, Victoriano Suárez, Madrid.
- CONDE DE CLONARD, TTE.GRAL.: “Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo II”, 1851, D.B. González, Madrid.
- CONDE DE CLONARD, TTE.GRAL.: “Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo III”, 1853, Castillo, Madrid.
- CONDE DE CLONARD, TTE.GRAL.: “Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería. Tomo IV”, 1853, Castillo, Madrid.
- DUC D’AUMALE. ; “Histoire des Princes de Condé, Tome IV”, 1886, Calmann, París.
- JUDERÍAS, JULIÁN: “La Leyenda Negra”, 2003, Europa A. G., Salamanca.
- LONDOÑO, SANCHO DE: “Discurso sobre la forma de reducir la Disciplina Militar a mejor y antiguo estado”, 1589, Bruselas.
- MELO, FRANCISCO MANUEL DE: “Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña”, 1912, sucesores de Hernando, Madrid.
- NOVOA, MATÍAS DE: *Memorias*, CODOIN, TOMO 86, Madrid, 1886.
- PÉREZ, JOSEPH: “La revolución de las Comunidades de Castilla, (1520-1521)”, 2005, RBA, Barcelona.
- SÁNCHEZ, JUAN L.: “Rocroi, el triunfo de la propaganda”, *Revista R&D no. 16 (marzo 2002), pgs. 4-35 y R&D no. 21 (nov. 2003), pgs. 18-43.*
http://www.tercios.org/R_D/R_D_Rocroi_triumfo_1.html
consultado el 11-11-2014.
- VINCART, JUAN A.: *Relación de los sucesos de las armas... de la campaña del año 1643...*, CODOIN, TOMO 75, Madrid, 1880, pp. 417-472.
- CODOIN: COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.